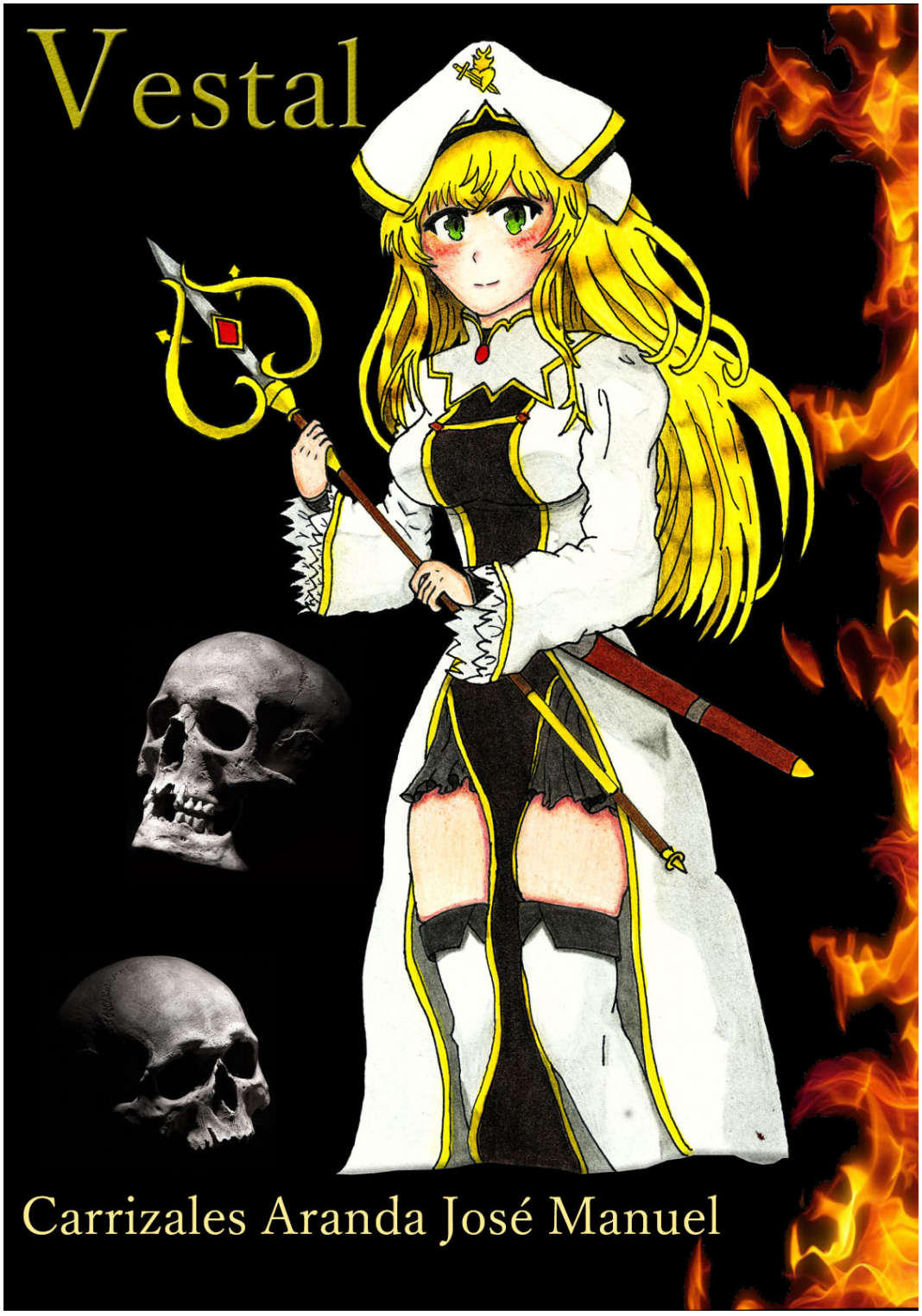
Vestal

José Manuel Carrizales Aranda



Capítulo 1

Capítulo 1: el séptimo viaje

Salió del templo de la madre, despidiéndose de las hermanas que la veían como una rareza entre las clérigas: una santa portadora de una espada y que vestía una cota de malla entre sus ropas. En su camino, una joven monja decidió acompañarla hasta la entrada de la ciudad.

—¿Va a regresar, señorita Ofelia? —preguntó la monja.

—No lo creo, todo depende de lo que pase en el pueblo, si hay mucha gente enferma me quedaré por un tiempo.

—¿Y si no hay nadie enfermo?

—Entonces habrá alguien que necesite mi ayuda. De una u otra forma —pensó la vestal—, hay veces que la gente pierde el camino o su fe, no solamente necesitan ser sanados en el cuerpo sino en el alma también.

—Pero, ¿no le angustia viajar sola? Sería más seguro si la acompañaran varias hermanas –sugirió la chiquilla.

—No hay muchas vestales en el mundo, además de que es un camino difícil y peligroso, mejor es así, para no poner en riesgo a las demás.

—No creo que yo pudiera vivir como usted, extrañaría mucho a mis hermanas –decía la niña mientras se acercaban a la entrada de la ciudad.

Ofelia ya se había arreglado con un mercader que tenía destino a un pueblo cercano para que la llevara parte de su trayecto, al encontrarse con él, hizo una seña a los guardias para que levantaran la reja y le permitieran entrar.

—No es del todo cierto que viajo sola, pues en mi corazón siempre llevo los recuerdos de todos aquellos que he cuidado, a ustedes, mis hermanas y a nuestra señora –dijo la vestal mientras subía su equipaje a la galera—. Tal vez nos volvamos a ver, bendita seas hermana.

—Bendita sea usted también hermana Ofelia. Cuídese mucho –dijo sonriendo la niña y mientras agitaba su brazo en señal de despedida a la vestal, las rejas de la ciudad volvieron a bajar.

Después de varias horas de recorrido, la vestal dejó a la galera para continuar su camino, pues el pueblo que buscaba quedaba a cinco días: Muruj, un lugar aledaño a una montaña. Observó su mapa y se dio cuenta que podía tomar un atajo por un bosque cercano, que no era una ruta

común. Al final decidió que atravesando ese bosque se ahorraría uno o dos días de camino y así lo hizo, internándose en los árboles junto a la luz del atardecer.

Cayó la noche y no le quedó más remedio que acampar; utilizando una pequeña hacha reúne algunos troncos y corta ramas de árboles secos para formar una fogata. En su último viaje, un agradecido comerciante le obsequió dos peculiares piedras, con características cristalinas que al chocar la una con la otra generaban chispas y así encendió un buen fuego. Amontonando hojas y cubriéndolas con una sábana formó una cama debajo de un árbol pequeño pero frondoso y comió algo de pan antes de dormir. De sus viajes, esta es la parte que Ofelia menos disfrutaba, las noches frías y solitarias.

Se despertó con el alba, recogió sus cosas y retomó su viaje. El pueblo de Muruj está ahora a tres días de camino, y así prosiguió, atravesando la penumbra del bosque, la vestal se guiaba con el sol y las estrellas, rumbo al suroeste.

En la última noche de viaje se sentó frente al fuego para calentarse, el otoño estaba en su esplendor y no faltaban muchos días para que el invierno apareciera, cubriéndolo todo de nieve. Al escuchar el crujir de las hojas detrás de ella Ofelia se puso de pie y desenvainó su espada, para encontrar que un lobo la acechaba entre la obscuridad de la noche, atraído quizás por la comida de la vestal.

Hubo silencio por un momento, mientras ninguno se decidía a dar el primer paso. Detrás de la vestal se encontraba un segundo lobo, aún más grande, del que ella ignoraba su presencia, no fue sino hasta que el animal emprendió una carrera para atacar con sus profundos colmillos que se dio cuenta de él, pero la vestal, ya experimentada en combate no tardó en darse la vuelta y el lobo terminó empalado por el cruel acero de su espada. Presa del frenesí, Ofelia esperó al lobo restante para darle el mismo destino, mirando ansiosa una señal del animal entre las luces tambaleantes de su fogata y los arbustos obscuros, pero no tardó en darse cuenta de que el animal había huido, seguramente asustado al ver morir a su compañero. Esa noche durmió, pero no descansó.

Llegó a Muruj después de una ardua caminata por el sol del mediodía y su llegada no fue bien recibida, pues la mayoría de los habitantes se refugiaron en sus hogares, ya que al ver su armadura y su escapulario negro le confundieron con un caballero de Engard, famosos por traer la guerra a donde van. Tocó en varias casas, pero en ninguna le abrieron las puertas, no fue hasta que llegó a la posada del pueblo que pudo explicar sus intenciones a la propietaria, que más que asustada, estaba intrigada por su visita.

—Es por tu vestimenta —dijo la tendera—, todos pensaron que eras un noble, pero saldré a dar el aviso de tu llegada y citaré mañana a una persona de cada familia, mientras usted descansa, se ve agotada.

—Es usted muy amable, gracias —dijo la vestal mientras se dirigía a una habitación, pues ya necesitaba un descanso de su viaje.

A la mañana siguiente se hicieron presentes veinte personas, una por cada familia en el pueblo. La vestal se hizo hablar y así, se mostraron alegres por su visita y arrepentidos de su trato inicial. Diez familias solicitaron su ayuda para aliviar a los enfermos del lugar. Ofelia recorrió el poblado y conoció a las familias que necesitarían de su ayuda, entre sus pacientes había un hombre mayor que había enfermado y tenía un mal respiratorio, un niño que se había dado un tajo desagradable en el brazo al caer de un árbol, una mujer que estaba cerca de dar a luz y una joven que estaba a punto de perder la vista. Las demás familias solo tenían enfermedades o heridas menores que no requerirían más que de un par de días de tratamiento.

Pasó una semana y Ofelia seguía visitando a los pacientes que más le necesitaban, el niño rápidamente estaba mejorando, así como el anciano, que poco a poco se recuperaba de la enfermedad y respiraba con normalidad. Aún tenía que quedarse hasta que Laura diera a luz a su bebé y Matilde, que tenía la enfermedad muy avanzada en sus ojos, no presentaba signos de mejora con la curación de la vestal y a esta le preocupaba no ser capaz de curarla.

Después de varios días, la vestal le había tomado algo de cariño a estas dos pacientes, especialmente a Matilde, que era de un temperamento tranquilo y un semblante delgado para su edad. Ella se había estado recluyendo en su hogar, triste por su mal que la impedía de disfrutar el mundo como antes, sin embargo, la llegada de Ofelia y sus constantes visitas en su casa significaban para ella no solo la esperanza de poder volver a recobrar la vista, sino que, después de mucho tiempo, volvía a hablar con alguien que la trataba como una igual y sin hacerla sentirse avergonzada de su condición y esto último le parecía algo espléndido a Matilde.

—Ofelia, me alegra que vengas, te oigo venir desde que pones un pie en la casa, reconozco tus pisadas lentas y firmes —le dijo Matilde a la vestal.

—Exageras, ¿cómo te sientes hoy? —respondió sonriendo.

—Mejor, ya no he sentido dolor en mis ojos.

—¿No has logrado ver, aunque sean tenues luces? —interrumpió Ofelia.

—Me temo que no, apenas siento algunas sombras, pero solo cuando están muy cerca de mis ojos –dijo con desilusión la chica.

—Ten paciencia, a veces toma tiempo sanar algunas enfermedades.

—No me preocupa eso —dijo la joven mientras levantaba su rostro, como si buscara mirar a la vestal—, al contrario, estoy feliz con el mero hecho de que estés aquí, es una señal de que nuestra señora en el cielo no se ha olvidado de una invidente como yo.

—Vas a volver a ver la luz del sol y el rostro de tus padres, te lo aseguro Matilde.

Así, la vestal continuó su tratamiento en la chica, sujetando suavemente su rostro con ambas manos mientras oraba por su recuperación, con el cariño y cuidado propios de una hija de la madre Elpída.

Cuando terminó de rezar, la vestal soltó su rostro y al dejar de sentir sus manos Matilde sintió como si la fueran a abandonar. —¿Vendrás mañana Ofelia?

—Estaré el tiempo que necesites para recuperarte —respondió la clériga, notando algo de preocupación en la chica—. Me he dado cuenta que no sales mucho de casa, el próximo sábado habrá una pequeña congregación en la posada, me gustaría que fueras.

—Desde que empeoró mi enfermedad ya no salgo muy seguido de casa —le confesó Matilde algo apenada—, siento vergüenza de no poder andar por mi cuenta, sin poder ver a nadie, siento como si todos me miraran con extrañeza.

—Ese no es el caso, la gente de este pueblo es buena y te hará bien salir a tomar el aire fresco y volver a estar con los tuyos —le respondió Ofelia, esperando poder convencer a la chica de terminar su encierro.

La muchacha lo pensó por algunos instantes y luego tentó hasta tomar una de las manos de Ofelia, sujetándola suavemente. —Confío en tu palabra, estaré este sábado en la posada.

La vestal se despidió de su paciente y partió a seguir el tratamiento de Laura, que esperaba dar a luz en dos semanas. Después de ver a todas sus pacientes la vestal regresó a la posada, aunque ella seguía intrigada por el edificio al fondo del pueblo: una casa grande, con paredes blancas, decoración lujosa, de tres pisos de alto y una reja alrededor de todos los jardines y el establo. Su curiosidad le llevó a preguntarle a la posadera de quién era esa vivienda.

—Es del señor Edmund, dueño de la mayoría de las tierras de Muruj, no sale mucho de casa y es sumamente discretos cuando lo hace. Es un buen jefe aquí en el pueblo, si estamos bien es gracias a él –le dijo la posadera—, incluso me ayudó a reconstruir mi posada cuando ocurrió un incendio, hace ya varios años.

—Lástima que no he tenido el gusto de conocerle, por lo regular los patrones de cada pueblo vienen a solicitar mi ayuda en persona —comentó intrigada la vestal.

—Te digo que es muy reservado, puedo contar con los dedos las veces que lo he visto salir, debería recorrer más el mundo, hasta donde sé, ni siquiera tiene una esposa.

Con el atardecer, la vestal terminó su charla con la posadera, hablando de ese y otros asuntos de menor importancia que sucedían en Muruj, un pueblo que le daba la impresión de ser el más apacible en el que había estado. Se dirigió a su habitación en el segundo piso para descansar y así lo hizo.

El sábado se levantó temprano, pues la reunión daría inicio a las 7 de la mañana. En su mayoría se congregaron las familias de las personas que la vestal había atendido, pero también llegaron algunas personas del pueblo necesitadas de ejercer su fe, ya que no había ninguna iglesia allí. La última en llegar fue Matilde, acompañada por su madre que le ayudó a tomar asiento en una de las mesas del fondo, esto le alegró el corazón a la vestal y empezó la oración. Por humilde que fuera llevar a cabo una congregación de esta forma, Ofelia había encontrado que no era necesaria una gran iglesia en las ciudades para reunir a los creyentes y la fe podía volver a instaurarse en los pequeños pueblos como este a través de ella y la participación de sus pobladores.

Continuó la vestal en el pueblo y así, los sábados seguía celebrándose la congregación con cada vez más personas, y el pueblo se mostraba agradecido con Ofelia por estar sanando a sus enfermos y ella sintió como lentamente, su tarea daba frutos en el pueblo de Muruj.

Cierta noche, la vestal tenía problemas para conciliar el sueño, por lo que abrió la ventana de su habitación para mirar el brillo de las estrellas, pero su aguda vista le permitió percatarse de tres siluetas que caminaban en el pueblo, rumbo a la casa de Edmund. Las siguió con la mirada hasta que fueron engullidas por la obscuridad de la noche. “Me supongo que el señor salió a dar un paseo nocturno, aunque es demasiado raro que ni siquiera llevara una linterna o alguna antorcha para iluminarse en la noche”, pensó la vestal y aunque intrigada, poco después fue atrapada por el sueño, terminando su noche.

A la mañana siguiente Ofelia salió temprano para hacer su labor. Ya pocos días faltaban para que Laura diera a luz y la vista de Matilde, aunque lejos de poder ver con normalidad, había logrado una mejora, distinguiendo entre luces y sombras, lo que significaba que era posible sanarla. Al visitar a Laura, Ofelia notó en ella un color ligeramente más pálido del habitual y lo mismo sucedió cuando visitó a Matilde.

—¿Qué te pasó, te sientes enferma? —le preguntó a Matilde con preocupación.

—No, solo estoy cansada, hoy me duele la cabeza.

Al oír esto, la vestal colocó una mano en la sien y la otra en la cima de la cabeza de la muchacha, atravesando sus largos cabellos negros y comenzó a sanarle sus dolencias.

—¿De qué color es tu cabello Ofelia? —preguntó Matilde algo curiosa, al sentir que la mano de la vestal le recorría su cabellera.

—Es rubio y lacio —respondió Ofelia—, aunque quisiera que fuera tan suave como el tuyo Matilde.

Matilde, que tenía la vista aún nublada, ya podía distinguir algunas formas. Miró la silueta de la vestal, levantó una de sus manos y la pasó por el cabello de Ofelia, desenvolviéndolo hasta el final.

—Cuando recupere la vista, quisiera ver tu rostro, ver a mis padres después de tanto tiempo —dijo con un tono sereno y melancólico—, ver a toda la gente del pueblo, poder volver a contemplar la blanca Luna y las estrellas en el cielo. No sabes lo agradecida que me siento, antes de que vinieras, creí que viviría así por siempre.

—Me hace feliz escucharte Matilde, siento como tienes más fuerzas por vivir y sé que todo el mundo estará más que contento de verte recuperada —habló así Ofelia, mientras sostenía las manos de Matilde con esperanzas renovadas por su recuperación, sintiéndose igual de feliz de que sus palabras se pudieran volver realidad.

Sabes —continuó la vestal—, en un principio tenía mis dudas de este pueblo, cuando todos me cerraron las puertas pensé que era una mala señal, pero hay personas muy bondadosas en este lugar, llenas de esperanza.

Siguieron conversando por el resto de la tarde, cuando llegó su momento de retirarse, la vestal hizo un comentario que, ¡Oh, pobre Ofelia, si te hubieras podido imaginar la trascendencia de tan inocente pregunta!

—Por cierto, ¿sabes algo acerca del señor Edmund? —preguntó Ofelia.

Incapaz de pensar en una respuesta, Matilde se quedó congelada, como si no hubiese escuchado nada.

—Ayer por la noche —continuó la vestal sin percatarse del estado de la joven—, tuve problemas para dormir, así que busqué el sueño en las estrellas, pero alcancé a ver que varias personas estaban dando un paseo en plena noche, rumbo a su casa. ¿Es así siempre...

—Ofelia... —interrumpió la muchacha con voz quebrada—. Tú lo sabes, ¿no es así?

—Solo sé lo que tú quieras compartir conmigo –así le respondió Ofelia, viendo que el rostro de Matilde había regresado a su color pálido y su semblante comenzaba a reflejar nerviosismo.

—Yo, Ofelia... ¿Cómo podría mentirte, a ti, que eres la madre Elpída en persona? —exclamó la joven, al tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas y la voz comenzaba a temblarle—. Pero, ¿podrás perdonar a una mujer mancillada como yo?

Ofelia estuvo en silencio por un momento, antes de responderle a la chica.

—El corazón es frágil y el destino puede tomar muchos caminos diferentes, pero no veo en ti maldad alguna, dime qué te pasó, amiga mía —le contestó la vestal, al tiempo que la sujetaba de las manos y calmaba su llanto.

Las palabras de Ofelia tuvieron un gran peso y sintiendo un dolor en su corazón, Matilde confesó algo de lo que había pactado no decir palabra.
—Es, Edmund, verás, mi familia no posee mucho dinero y mis padres, que ya son grandes y que no han tenido buena cosecha ni han encontrado otro oficio, ¿cómo podía ayudarles una ciega? –exclamó con enfado—. Al ver la situación, ese hombre se acercó a mí y... ¡Tuve que aceptar!, perdóname, no creí tener más valor que el de mi propio cuerpo.

No estaba preparada Ofelia para las palabras que escucharía de Matilde. Era bueno que ella no le pudiera ver el rostro, pues si hubiera visto la expresión de tristeza en la vestal seguramente no habría contado toda su historia.

Capítulo 2

Capítulo 2: sin retorno

Matilde se preparaba para su siguiente visita a la casa de Edmund. Se arregla el cabello, se viste y se envuelve con una capa intentando cubrir su rostro, pronto sale de su casa bajo el cobijo de la noche y un hombre ya la esperaba. Sin decir una palabra se dirigen a la casa de Laura, que ya estaba esperándolos; ambas son llevadas hasta la entrada de aquella casa obscura, al final de pueblo y al pie de la montaña. Las hacen pasar, asegurándose de que nadie los haya seguido.

—Bienvenidas, mis tesoros —dijo Edmund al verlas entrar en el salón principal—. Hoy es un día especial, nos reuniremos con una invitada así que vayan a cambiarse, pónganse el vestido más fino que puedan encontrar. ¿Qué te pasa Laura, es que ya no quieres voltear a ver a tu dueño? —pregunto al ver que el rostro cubierto de la mujer preñada—. No te preocupes, que hoy no son ustedes el plato principal, pero tampoco sería lo mismo si no estuviéramos todos juntos —sentenció el hombre con una sonrisa—. Ya llévenlas a que se cambien.

Un hombre las condujo por un largo pasillo con alfombras rojas hasta una habitación con un lujoso armario y tres grandes espejos. Matilde estaba temblando y Laura estaba muy rígida, una vez cerraron la puerta de la habitación, Matilde se acercó a su compañera.

—También tengo miedo Laura —dijo mientras sostenía su mano—. Seguramente acabará pronto, aunque ya no lo soporto, pero, ahora que puedo ver un poco mejor, pienso que tal vez así sea el destino, es lo que tengo que pagar a cambio de la bendición de poder volver a ver. Tranquila —dijo con voz temblorosa—, trataré de que hoy se fije más en mí, no te preocupes.

En ese momento, la vestal reveló su disfraz, quitándose su capa y sacando de su vientre varias prendas que servían como relleno, dejando ver su negro escapulario y su armadura de malla.

—Ya escuché más que suficiente —exclamó la clériga—, Laura también me lo confesó todo, y esto se termina aquí y ahora.

En una habitación oculta, ubicada en el sótano de la casa, se encuentran Edmund y tres de sus hombres, al fondo yace una mujer, encadenada de manos y pies, de manera que no puede mover ninguna de sus extremidades y con las palmas apuntando a una pared ennegrecida. Edmund se acerca y por medio de un mecanismo comienza a tirar de sus

cadenas, dejándola suspendida en el aire.

—Hoy es una noche muy especial —dijo el criminal hombre—, solo esperamos a tus compañeras, quiero que se deleiten conmigo de las dulzuras de tu maravilloso cuerpo.

Tomó una lanza y la enterró con suavidad en la pierna de la joven, al hacer brotar la sangre rápidamente acerca una copa a la herida y comienza a llenarla. La chica, cuyo cuerpo está lleno de cicatrices, comienza a desfallecer.

—Dense prisa —gritó desesperado el guardia en la entrada de la habitación—, ¿cuánto pueden tardar en quitarse unos harapos y ponerse otra cosa?

—Ya estamos listas, abre la puerta —respondió la vestal.

—No, Ofelia, no por favor, piensa en lo que vas a hacer...

La vestal no esperó a mediar palabra con Matilde y en el momento en que el guardia abrió la puerta, descargó en el tan terrible tajo con su espada que por poco le terminó de separar la cabeza del cuerpo. Al caer al suelo, la vestal lo remató, terminando su vida sin que el hombre entendiera qué había sucedido.

—Ven Matilde —dijo Ofelia mientras la sujetaba del brazo—, llévame con Edmund.

La chica intentó hacerle entrar en razón, pues estaba poniendo en juego sus vidas, pero pronto entendió, al ver su mirada y el cuerpo sin vida del hombre, que no había marcha atrás en la decisión de Ofelia, experimentando así un nuevo tipo de miedo que no había sentido antes. De esta forma, Matilde la guio hasta una puerta que llevaba al sótano, donde Edmund estaba esperando por ellas.

Al escuchar sus pasos bajar por las escaleras Edmund exclamó "Ya era hora mis queridas, vengan a ver lo que nos preparé a to...", sin embargo, enmudeció al toparse con los ojos penetrantes de la vestal, bañados de ira y repulsión al observar esa recámara de horrores que guardaba en su fondo a una moribunda joven. Poseída por la ira, arremetió contra el primero de los hombres de Edmund, que intentó tomar una daga para defenderse, pero su esfuerzo resultó inútil.

"¡Zorra, maldita!, ¿qué esperan? Mátenla" gritó el dueño de la casa, a lo que los otros dos sirvientes, armados con lanzas, se dispusieron a dar una mejor pelea a la vestal. Rápidamente la clériga se vio rodeada por el filo de las crueles lanzas que intentaban darle fin a su vida, pues mientras repelía los ataques del primero, el otro intentaba darle la vuelta y

apuñalarla por la espalda. Un primer golpe de lanza dio en la vestal, pero no pudo atravesar su armadura, lo que ella aprovechó para acercarse a su oponente y propinarle un desagradable corte en la mano, haciendo que varios dedos del hombre cayeran al suelo.

Mientras esto sucedía, la joven encadenada recobró fuerzas y pudo ver varias siluetas bailar en frente de ella, como una caía al suelo y otra se escabullía por la orilla de la habitación, dejando caer un pequeño objeto brillante.

Con un sirviente incapacitado Ofelia se dio la vuelta para terminar con su otro rival, pero este demostró ser más hábil que el anterior, pues logró asestar tal golpe con su lanza que atravesó la armadura de la vestal, hiriéndola cerca del abdomen y haciendo que la negra sangre saliera de su cuerpo. Más la vestal no se dejó ser presa del dolor, sujetó la lanza con una mano y con su espada le dio tal golpe al hasta que la partió en dos, dejando desarmado a su oponente. Sin arma para defenderse, este trató de huir, pero la afilada espada encontró una de sus piernas. Cayendo al suelo, el hombre se giró para pedir clemencia, pero la vestal le dio un potente golpe en la cabeza con el pomo de su arma, destrozándole el cráneo en el acto.

Tomó una bocanada de aire, y al intentar reincorporarse y extraer de su cuerpo la punta de lanza, Ofelia sintió otra tremenda puñalada en su espalda. Ya sin dedos en una mano, el primer hombrecillo se las había arreglado para usar la lanza con una mano y darle tal herida a la vestal. Ofelia logró quitarse la lanza y arrebatársela, para rápidamente hundir la espada en su pecho, terminando la vida del desdichado.

Edmund, que no perdió el tiempo, aprovechó para escabullirse de la pelea, dejando morir a sus sirvientes a costa de tomar como rehén a Matilde, sin que la vestal se percatara. Al extraer de su cuerpo el filo del arma restante Ofelia sintió un terrible dolor, por lo que utilizó sus habilidades curativas para evitar seguir sintiendo sus heridas. Cuando volteó en busca de Edmund se dio cuenta que no estaba, ni él ni Matilde, y cuando estaba por salir de la habitación escuchó un suave lamento.

—Por favor, ayúdame... la llave está en el piso... —balbuceaba la joven mientras sus ojos buscaban piedad en la mirada llena de ira de la vestal.

Por un momento, al mirar los cuerpos de los hombres y la chica encadenada en aquella mazmorra, Ofelia se sintió extrañada por lo que estaba haciendo, pero rápidamente volvió en sí, tomando la llave del suelo y liberando a la chica de su tormento. Trató de sanar su herida o al menos evitarle el dolor en su pierna y le puso encima su escapulario para que se cubriera su cuerpo.

—Espérame aquí, voy por mi amiga —dijo Ofelia, agitada mientras se apresuraba por alcanzar a Matilde.

Aun sangrando y con el cuerpo pesado, llegó al salón principal, donde sus pasos alertaron a Edmund de su presencia. Al mirarlo, Ofelia se dio cuenta de que el hombre tenía sujetada a Matilde, amenazando con cortarle el cuello con un cuchillo.

—Si das un paso más, esta desgraciada se muere —le advirtió el inmundo criminal. "Solo necesito que me deje llegar hasta la salida, entonces tomaré uno de mis caballos y me iré de aquí, con lo herida que está dudo que me alcance, encima de todo, le cortaré el cuello a esta ciega antes de salir, así tendrá con que entretenerse" pensó para sí.

Ofelia ya cansada, no supo qué hacer más que estarse quieta, no quería que Edmund escapara, pero tampoco podía dejar que Matilde perdiera la vida en ese lugar. Así, Edmund comenzó a avanzar lentamente por la sala, hasta que, detrás de la vestal se originó una silueta que le era familiar.

—¡Tú!, ¿la dejaste salir? —exclamó Edmund sorprendido de ver a su cautiva libre, caminando hacia él. —Detente o la mato, ¡no creas que tendré miramientos con una pordiosera como esta! —exclamó el criminal, al tiempo que lo engullía el pánico.

—No me importa Edmund —respondió la joven—, voy a matarte de todas formas.

Mientras decía esto la chica alzaba un brazo y extendía su palma en dirección a Edmund. Ofelia no entendía a qué se refería ni lo que podría hacerle una joven que estaba moribunda minutos atrás, pero vio que, en la cara de aquel hombre se dibujaba una expresión de puro terror.

—¡Detente, no quiero que lastime a Matilde! —ordenó la vestal a la joven— pero esta parecía tener en mente una sola cosa.

Mientras esto sucedía, más que un acto premeditado fue un impulso involuntario, presa del más ancestral de los miedos, aquel hombre no vio otra alternativa. La negra sangre ahora brotaba del cuello de Matilde mientras el cruel acero se hundía en ella, mientras su cuerpo de desplomaba en el suelo. Al ver esto, Ofelia olvidó todas sus heridas y todo su dolor, corrió espada en mano para darle muerte a aquel desgraciado, pero se vio superada por un destello, una llama que encontró en su camino el cuerpo de Edmund. El pobre infeliz se envolvió en fuego, comenzando a lanzar terribles lamentos de dolor, intentando llegar hasta los caballos de su establo, pero terminó por revolcarse en el suelo tratando de apagar el fuego y pronto hubo silencio, mientras su cuerpo se

consumía en medio de la noche.

Así, Ofelia corrió a auxiliar a su amiga, que tenía ya el semblante pálido. Poco podía hacer con una herida tan grave y tan profunda, así que se arrodilló y tomó a Matilde en brazos.

—Tengo miedo... no quiero morir... —exhalaba con sus últimas palabras, mientras sus ojos buscaban los de Ofelia y sus manos sujetaban su rostro—. Dile a mis padres que lo siento... los amo mucho.

—No tuviste la culpa, amiga mía. Fuiste muy valiente Matilde —decía Ofelia mientras su mirada se quebraba—, soportaste tanto...

Ofe... —dijo la joven con su último aliento de vida al tiempo que su agarre perdía fuerzas. Fue así, que en su instante final pudo ver más claramente que nunca, y su última visión en vida fueron los cristalinos ojos esmeralda de Ofelia, cubiertos de lágrimas.

Capítulo 3

Capítulo 3: encuentro

Ofelia tomó una manta blanca, envolvió con cariño el cuerpo de su amiga y lo dejó recostado dentro de la casa, después sujetó a la joven inconsciente, la metió en un vestido rojo y la cargó hasta los caballos, donde tomó prestado a uno de melena negra y pelaje café para continuar su camino hasta la posada. Una vez ahí, subió por una cuerda hasta la ventana de su habitación y allí tomó papel y pluma, escribió una nota en un pedazo de papiro, tomó sus cosas y regresó al caballo. Dejó la nota, que explicaba todo lo sucedido bajo la puerta de la casa de Matilde.

Por vez primera las acciones de la vestal habían costado la vida de alguien inocente, a una amiga, por lo que no encontró fuerzas en su corazón para decir palabra alguna a los residentes de ese pequeño pueblo aledaño a la montaña. Dejó el lugar en la obscuridad de la noche, montando a caballo junto a una chica desconocida, miró atrás por última vez y vio un pequeño fuego que se apagaba a la distancia.

Al día siguiente la chica despertó junto a una fogata, miró a su alrededor asustada por no saber en dónde se encontraba ni lo que había sucedido, pues lo último que recordaba era estar atrapada en una mazmorra obscura. Escuchó unos pasos acercarse hasta ella, rompiendo ramas y haciendo sonar la hierba seca a su alrededor, era esa mujer de cabello dorado que la había salvado de aquel destino.

—Hola, ¿cómo te sientes? —preguntó algo extrañada la vestal, pues por vez primera veía a la chica con detenimiento: era de piel morena, de cabellos negros y ondulados, ojos claros del color de la arena, de una figura esbelta pero que reflejaba cierto vigor y con un semblante que nunca había visto antes.

— Yo... —dijo la muchacha mientras miraba a la vestal, sus ropas negras y su piel blanca, recordó todo lo que había sucedido la noche anterior y se estremeció al darse cuenta que por fin había dejado de ser prisionera—. Estoy bien, algo cansada —dijo mientras se incorporaba—, recuerdo muchas cosas, recuerdo que me sacaste de aquel sitio. ¿Quién eres?

Discúlpame, no me presenté —dijo mientras dejaba a un lado un montón de leña—, mi nombre es Ofelia, soy una vestal.

—¿Cómo una monja? —interrumpió la chica, extrañada de que haya sido una clériga quien que entró en la mansión para rescatarla.

—No —exclamó—, no exactamente. Fui una monja hace mucho tiempo, pero como vestal ahora mi trabajo es diferente, me dedicó a dar mis

servicios en pueblos remotos, como en ese pueblo del que venimos —dijo con cierto desdén.

En ese momento y al ver su expresión, revivió en su memoria el fugo, el cuerpo de Edmund envuelto en llamas y la muerte de una joven por culpa suya. Sintió en ella la necesidad de pedirle perdón a la "monja" pero prefirió evitar mencionarlo.

—Mucho gusto Ofelia, mi nombre es Erika y de verdad te agradezco tu ayuda, creí que me quedaría allí por el resto de mis días.

—No es nada —contestó—, me alegra que no todo haya sido una pérdida —sintió Ofelia pesado su corazón mientras decía estas palabras.

—¿Y a dónde nos dirigimos? —preguntó Erika al voltear y ver solo árboles y más árboles de hojas otoñales, pero sobre todo, para evitar hablar de aquel asunto que hería a la vestal.

—Ahora mismo vamos a Borgo, que es el sitio más cercano. Según mi mapa hay una iglesia en esa ciudad —contestó la clériga.

—¡Borgo! Es perfecto, justamente tengo una propiedad en esa ciudad —dijo con muchos ánimos la señorita, pero en ese instante una preocupación más le cruzó por la mente—. ¿Estoy en problemas?, ¿vas a entregarme a la iglesia de Borgo?

—Claro que no, eres libre de hacer tu voluntad. Te traje conmigo porque pensé que tampoco querrías quedarte en ese pueblo, pero si gustas puedes servirme como testigo de lo que ocurrió cuando presente mi testimonio en la iglesia.

Erika asintió con la cabeza, alegrándose de no solo ser libre sino de ir directo a su casa en Borgo acompañada por una "monja". Volteó a mirar a Ofelia, que traía consigo al caballo, vio como le quitaba sus ataduras, pero no se esperó que en ese momento dejara libre al animal.

—¡Qué haces? —gritó sorprendida Erika—. ¿Ahora cómo vamos a llegar?

—Tranquila, tengo un mapa y no debemos de tardar más de tres días a pie, además, —agregó la vestal con cierta pena—, no hubiera sido correcto conservar al caballo, eso nos convertiría en ladronas.

Erika miró con cierta incredulidad a tremendo personaje con el que acababa de parar, en su vida se imaginaría que alguien dejaría ir libre a un caballo, fuera suyo o no, ya no sabía si la "monja" era una persona torpe o muy honrada. «Bueno, no todo se puede pedir en bandeja de plata», pensó y ayudándola a recoger el campamento continuaron su

camino por el bosque.

A la mañana siguiente avanzaron hasta llegar a un campo abierto y lo que encontrarían sorprendió a ambas: una pequeña aldea. Con apenas un puñado de modestas casas de madera era suficiente para que cubrieran buena parte del campo y el resto lo ocupaban algunos cultivos que, se notaba, tenían poco de haberse iniciado.

—Qué extraño, no recuerdo haber visto esto en el mapa —decía la vestal mientras buscaba en su mapa el rumbo adecuado.

—Parece que tienen poco de vivir aquí, fíjate en las casas, algunas todavía las están construyendo —dijo Erika mientras se adelantaba a su compañera—. Ven, vayamos saludar.

En la aldea había niños y mujeres en su mayoría, que al verlas llegar hicieron a un lado sus actividades para llamar a los pocos hombres de la aldea y rápidamente se interpusieron entre ellas y los demás.

—¿En qué podemos ayudarles? —preguntó uno de los hombres con un tono que reflejaba todo menos amabilidad.

—Tranquilo amigo —le respondió Erika—. Solo venimos por aquí de paso, no buscamos ninguna pelea.

—Así es —agregó la clériga—. Permítanos presentarnos: ella es Erika, mi acompañante, y yo soy Ofelia, una vestal. ¿Hay aquí alguien que esté herido o sufriendo algún malestar?

Así hablaron y pronto hubo calma, al ver que las viajeras no tenían ninguna intención hostil, los residentes de la discreta aldea las invitaron a comer un pescado asado y a pasar la noche en una de las casas a medio construir. Antes de retirarse, Erika le preguntó al que parecía ser el jefe de la aldea, Ernesto, por qué se habían cambiado de asentamiento.

—Nos refugiamos de la guerra. Hubo un conflicto hace ya dos meses en nuestro antiguo poblado con otro pueblo vecino, seguro te diste cuenta que la mayoría son mujeres y niños, apenas hay algunos hombres aquí, —dijo con algo de pesadez—. Solo unos cuantos de nosotros logramos escapar y ahora tratamos de vivir discretamente, lejos de todo.

—Lo lamento —dijo Erika sintiéndose arrepentida de preguntar.

—Confió en que encontrarán la paz que busca tu gente Ernesto, nosotras también estamos buscando un lugar más tranquilo —dijo la vestal.

—Gracias, creo que es de buena señal que nos hayan encontrado, me siento un poco más tranquilo. Espero no encuentren muy incómoda esta

casa, que pasen buenas noches —y diciendo esto, se despidió de las dos jóvenes.

Ofelia se dispuso a dormir, extendiendo una manta y dándole otra a Erika para que se recostara en el piso de aquella casa, le faltaba un techo por lo que se podían ver las estrellas de la noche y eso tranquilizó a la vestal, que luego de varios días difíciles por fin sentía que descansaría. Apenas sintió sus ojos cerrarse por el sueño cuando una voz la interrumpió.

—Em, Ofelia, ¿puedo pedirte algo?

—¿Qué es?, ¿qué pasa? —le contesto rápidamente.

—No puedo dormir, me siento nerviosa —dijo Erika, explicando sus razones—. Después de lo que me pasó con Edmund, no me siento tranquila en una casa así, que está al descubierto, tal vez no debería desconfiar porque parecen buenas personas, pero ¿y si en la noche intentan algo mientras dormimos?

—Yo me quedaré despierta a hacer guardia si eso te tranquiliza.

Así lo hicieron y Ofelia se mantuvo despierta lo más que pudo. Cuando la Luna dejó de iluminarla despertó a Erika para que tomara su turno en la vigilia. Al volverse a acostar, Ofelia ya no pudo volver a conciliar el sueño y aprovechó la calma de la noche para preguntar lo siguiente a su acompañante:

—Erika, dime una cosa; aquel día, en aquella casa, pasó algo que no me pude explicar, porque no sé si fue real lo que vi o un sueño: ese hombre murió por una terrible llamarada y me pareció que fuiste tú quien la provocó. ¿Es verdad lo que recuerdo?

Las palabras de la vestal quedaron libres en el silencio de la noche, sin respuesta alguna. A ella le pareció que Erika se había quedado dormida en su puesto de guardia o tal vez fingió estarlo para no contestar a su pregunta, fuera como fuese, finalmente la clériga durmió un poco antes de que saliera el sol.

Por la mañana, la vestal salió a reunir a las personas de la aldea que necesitaran ser curadas, pero lo cierto es que, más allá de unas pequeñas heridas y algunos golpes, ninguno de los pobladores necesitaba una sanación urgente, por lo que se dispuso a partir en la tarde junto a Erika a la ciudad de Borgo. Cuando terminaron de recoger sus pertenencias y se disponían a salir, notaron cierto alboroto entre la gente: muchos de ellos salían de sus casas y empezaban a mirar por todos lados.

—¿Qué sucede? —alcanzó a preguntar Ofelia a una muchacha que pasó a

su lado.

—Son los hijos de Ernesto, Julio y Marco, no aparecen —le contestó la muchacha a la vestal mientras retomaba su camino para unirse a la búsqueda.

—Tenemos que ayudar —dijo Ofelia mientras dejaba su equipaje en el suelo y tomaba una soga, algo de comer y beber.

—¿Estás segura? Quizás solo fueron a explorar el bosque y aún no regresan. De niña me pasaba todo el tiempo, cuando salía a pasear por las montañas y regresaba un poco tarde —contestó Erika que creía que solo se retrasarían de manera innecesaria en su viaje.

—No te preocupes, seguro no tardaremos —afirmó Ofelia.

La vestal salió en búsqueda de los pequeños, acompañada de Erika. Pronto todos los pobladores se dividieron para cubrir más terreno mientras la búsqueda se extendía más y más, hasta llegar el atardecer. Erika y Ofelia se habían separado ya hace tiempo de los demás, buscando dentro del bosque, donde bailaban las hojas con los colores del otoño. En ese momento, la clériga escuchó lo que le parecieron las pisadas de alguien, rompiendo las hojas a su paso hasta internarse más en el bosque.

—¡Rápido, creo que escuché a alguien en esa dirección! —gritó mientras corría hacia delante, dejando a Erika atrás.

Siguió Ofelia unos pasos que se transformaron en una sombra a la distancia y aunque Ofelia le gritaba para que dejara de correr, aquella silueta parecía no hacer caso y seguía corriendo entre los árboles y las luces anaranjadas que desplegaban sus hojas. Después de algunos minutos de búsqueda, Ofelia perdió de vista la silueta y por un momento llegó a pensar que todo había sido una alucinación, hasta que se topó con un hallazgo peculiar.

—¡Espérame! —decía sin aliento Erika—. Casi te pierdo de vista porque corrías sin rumbo por el bosque —le reclamaba a la vestal.

—Lo siento, es que estoy segura de que vi algo y creo que entró a esta cueva.

—¿Crees? —le preguntó Erika mientras recobraba el aliento y miraba a la distancia como una enorme cueva se encontraba oculta en medio del bosque—. ¡Niños! Si están ahí salgan de una vez que todo el mundo está preocupado por ustedes —gritó con cierto enfado Erika, pero no obtuvo ninguna respuesta—. No creo que hayan entrado allí Ofelia, tal vez viste

algún animal esconderse.

—Estoy segura que vi a alguien entrar, tenemos que seguirlo —al decirlo, la clériga se percató de que el atardecer se estaba terminando y pronto llegaría la noche—. ¡No! Olvidé traer mi lámpara o alguna antorcha. ¿Cómo los buscaremos si no podemos ver por dónde vamos? —se lamentó la vestal por no pensar que la búsqueda se extendería tantas horas.

Mientras Ofelia se sujetaba la cabeza pensando qué hacer, Erika enredó su vestido a una saliente de un árbol y le arrancó un buen pedazo de tela, para después envolver la tela junto con algunas hojas secas en una rama gruesa.

—No te preocupes, aquí tengo la solución —dijo Erika mientras encendía la antorcha con una leve llama que salía de su palma. Se la entregó a Ofelia y pronto armó otra antorcha para sí, pero no la encendió—. No va a durar mucho la llama, así que hay que darnos prisa.

La vestal le dio las gracias a Erika y pronto entraron ambas a aquella lúgubre cueva, totalmente obscura, con paredes de roca fría y cortante. El camino pronto se volvía más empinado y la clériga casi resbala sino fuera por la ayuda de su compañera.

—¡Marco! ¡Julio! —gritaba la vestal en búsqueda de una respuesta de los niños, pero solo escuchaba el eco de su voz en las paredes de la cueva.

Cuando ambas creían en vano su búsqueda, empezaron a sentir en sus pisadas que el suelo se hacía uniforme, ya no sentían las ásperas rocas sobre su calzado. Acercaron el fuego al suelo y se dieron cuenta que estaba hecho de piedra labrada colocada de manera uniforme y aunque muy gastado, aquello no podía ser obra de la naturaleza. Entonces, miraron al techo y hacia los lados, pero todo lo que veían era una profunda obscuridad, decidieron entonces seguir caminando hacia delante, hasta toparse con una pared.

—¿Esto es una cueva? —preguntó Erika confundida.

—Ya no lo creo, aunque este suelo luce muy desgastado para ser reciente —contestó Ofelia mientras trataba de ver en la negrura a su alrededor.

Finalmente se toparon con algo en su camino, pero no era la pared que esperaban, sino una inmensa columna blanca que subía tan alto que no alcanzaban a ver el final. La inspeccionaron más de cerca y notaron que la columna estaba tallada con elegantes acabados desde su base hasta donde les alcanzaba la vista.

—¡Niños! —gritó una vez más Ofelia, esperanzada por una respuesta, nada. Volteó a su alrededor y vio lo que le parecía ser una silueta

asomándose por detrás del pilar siguiente—. ¡Ahí!, ven Erika!

Dijo mientras seguía a la silueta apenas visible en la luz de la antorcha. Erika no veía nada de lo que Ofelia decía. Pronto llegaron hasta el final de aquella gran habitación y se toparon con una enorme pared que las dejó sin palabras cuando la iluminaron: había un mural inmenso en el que del lado izquierdo se ilustraban diversas siluetas y una ciudad, en el medio se representaba lo que la vestal entendió como una enrome esfera de fuego negro, cayendo. Por último, a la derecha, se mostraba el terrible destino de esas figuras y su ciudad, destruidos y en llamas.

—¡Por la Diosa, creo que esto es un templo! —exclamó la clériga, impactada por tal hallazgo.

En ese momento, a Erika le parecieron escuchar los gritos de auxilio de un niño en un pasillo lateral "¿Oyes eso Ofelia?", pero la vestal no escuchó nada, en cambio, miró a su alrededor y vio una silueta detrás del pasillo contrario. "No lo escucho, pero sí lo veo". Las dos veían u escuchaban cosas diferentes, por lo que encendieron la segunda antorcha y se separaron para cada una buscar por un pasillo distinto.

—Ten cuidado Ofelia, a tu fuego no le falta mucho para apagarse así que apresúrate, grita si encuentras a los niños de ese lado.

Partieron, Ofelia siguiendo su vista y Erika su oído. La vestal caminó por un ancho pasillo hasta llegar a una enorme cámara, que le parecía no tener salida. Erika continuó, escuchando unos gritos y llantos que cada vez se hacían más fuertes y retumbaban por el pasillo, hasta que finalmente los encontró. Vio que debajo de ella había un derrumbe y los dos niños estaban atrapados sin poder escalar.

— ¡Qué alegría, por fin los encontré! —exclamó Erika tan alegre como sorprendida por lo que había conseguido.

Mientras tanto, Ofelia caminaba dentro de esa habitación oscura, que parecía una versión más pequeña de la sala anterior, pues también estaba llena de pilares más pequeños. Como no veía nada estaba a punto de irse, cuando claramente escuchó como algunas piedras se movían en la esquina del cuarto. Rápidamente se acercó para por fin encontrarse con la silueta que había perseguido todo el día, sin embargo, no se imaginó lo que estaba a punto de encontrar.

Acercó la luz de su antorcha y pudo ver a una criatura, similar a un niño en forma y estatura, pero ahí terminaba cualquier parecido. Tenía una piel de color verde, ojos obscuros que brillaban con la luz de la antorcha, vestía con ropas y calzado inusuales y tenía el cabello negro. Ofelia se quedó petrificada ante tal imagen, pues no encontraba sentido a lo que estaba mirando, del mismo modo, aquella criatura temblaba de miedo

ante la presencia de Ofelia. Probablemente ninguno hubiera salido de aquel trance sino fuera porque los gritos de Erika la trajeron de vuelta a la realidad.

—Ofelia, ¡Ofelia! —gritaba Erika y se escuchaban las pisadas de su carrera acercarse por el pasillo.

En ese momento, la vestal notó como su luz estaba por apagarse y poco a poco la silueta de aquella criatura se perdía entre los bordes de la penumbra, hasta que todo fue obscuridad.

"Ofelia" gritó Erika al tiempo que volvía a iluminar la habitación y cuando la vestal volvió a mirar la criatura ya no estaba.

—¿Estás bien Erika? ¿Qué pasó? —preguntó con desesperación la clériga temiéndose lo peor.

—Estoy bien, los encontré, encontré a los niños —decía Erika—, ven pronto, están en una especie de hundimiento y necesitamos la cuerda para sacarlos.

Antes de salir de aquella habitación Ofelia dio un vistazo en la dirección de su encuentro, pero solo le pareció notar que algunas piedrecillas resbalaban por una pequeña grieta en el muro.

Al llegar con los niños se dio cuenta que la situación era grave, Marco estaba inconsciente y Julio tenía la pierna lastimada por la caída. Amarraron la cuerda a un pilar cercano para que Ofelia bajara, calmara el dolor en la pierna de Julio y le diera un poco de agua. Una vez que subieron, a ambas no les quedó más remedio que llevarlos cargando, porque ninguno podía caminar por su cuenta.

—Hay que darnos prisa y salir de aquí lo antes posible —dijo la vestal a su compañera.

—¿Qué pasa? Creo que hay que salir con calma, los niños están heridos y...

—Por favor, más tarde te explico, pero hay que salir ya —replicó la religiosa con severidad.

Al ver que la preocupación de Ofelia era verdadera, Erika salió con prisa de aquella habitación, liderando el camino con su antorcha mientras Ofelia la seguía de cerca. Corriendo por la sala principal, la clériga cometió el error de voltear y vio lo que le parecieron ahora ser dos siluetas seguirles el paso.

—¡Más rápido Erika, date prisa! —gritaba Ofelia mientras su voz hacía eco en la eminente sala.

Apretaron el paso, pero el camino se hizo mucho más difícil al llegar a la pendiente de roca; con mucho esfuerzo logró la vestal subir teniendo sobre su espalda a Julio, el mayor, que apenas y se mantenía despierto. Continuaron su carrera por el bosque ya obscuro y a la vestal le parecía que el aliento le comenzaba a faltar, la visión se le nublaba y mantenerse de pie cada vez se hacía más pesado. Se quedó atrás y lo único que la guiaba era la borrosa luz de la antorcha de Erika y el sonido que hacía al pisar las hojas, ¿o era el sonido de las hojas que se rompían detrás de ella lo que la animaba a seguir?

Después de lo que le pareció un recorrido interminable, finalmente divisó una luz mayor a la distancia, era la aldea. Llegó ya sin fuerzas, pero pronto fue bien recibida por el resto de pobladores que estaban más que felices de haberlas visto volver con los niños desaparecidos. Ofelia no pudo más, lo último que recuerda es que Erika la llevó hasta una habitación, le dio agua y finalmente cayó dormida.